

Los Libros

LA PLAZA DE LAS CARRETAS, por *Enrique Amorim* (Editor Domingo Viau, Buenos Aires, 1937)

Enrique Amorim es uno de los escritores uruguayos más intensos y conscientes de su oficio. En pocos años se ha colocado en un sitio eminente dentro de la literatura hispanoamericana y ha conseguido ver sus obras traducidas a otros idiomas en virtud del interés despertado en Europa por los asuntos de nuestro continente.

En sus obras domina la acción por encima del paisaje. Hay un dinamismo sobrio en la vida de sus novelas, que no carecen, por ello, de poesía y del adecuado marco para la trama, siempre interesante, movida, coloreada de hechos dramáticos y de anécdotas inesperadas.

Con sus libros *La carreta* y *El paisano Aguilar* pasó Amorim a formar parte de los verdaderos clásicos de nuestro criollismo americanista. Pero sus fórmulas de éxito no se detienen en lo folklórico excesivo, en lo acucioso de los arreos camperos. Por el contrario, logra sacar todas sus narraciones de lo meramente local, para colocarlas en un plano de humanidad superior, en que no dejan de apuntar los problemas imperiosos del campo transformado por la crisis o por la introducción de la técnica maquinística. En *La carreta* vive la parte más sugestiva del campo uruguayo fronterizo con el Brasil. Ambiente de lucha y de superstición, de hechizos y de descontroladas pasiones primitivas, que se destaca a través de un estilo poderoso y nu-

trido de las mejores influencias modernas. En *El paisano Aguilar* aparece la madurez creadora, la conciencia plena de las facultades conseguidas a través de un conocimiento admirable de los campesinos y de sus instintos.

Ahora resurge el Amorim poeta, que también ha adquirido notoriedad por sus facultades líricas de origen lusitano.

La plaza de las carretas es un volumen de relatos en que lo realista se halla superado por una curiosa manera de idealizar los contornos del paisaje o de exaltar los pájaros característicos de la campiña uruguaya. Llena una parte primordial del volumen una serie de cuentos poemáticos que se denominan *Historias con pájaros*. No queremos apuntar una influencia, pero recordamos muchas veces las sugerentes y casi insuperadas páginas de Hudson, escritor anglo-argentino, que escribió el magnífico libro americano *Far Away and Long Ago*.

Amorim tiene una gracia especial y segura de narrador. No vacila nunca. No fracasa jamás. Ha llegado a cierta maestría fácil y consciente que es de escritor de raza. En sus narraciones no sabemos distinguir lo real de lo inventado, que se mezclan en ciertos cuentos truculentos con una trabazón perfecta, como pasa con ese discutido y apasionante episodio de *Las Quitanderas*.

En otras novelas uruguayas hay más detenimiento en las descripciones, más abuso de detalles técnicos, más criollismo al ciento por ciento; pero en Amorim hay más ligereza, más interés y más pasión. Se abre este libro con un cuento largo de auténtico sabor fronterizo, en que se destacan personajes uruguayos y brasileños, con pasiones primitivas y vigorosos trazos rústicos. Se llama *De tiro largo*. Es la historia de un caballo de carrera que termina sus días sin la gloria de los hipódromos, entre aventuros, señores rurales y prostitutas de poblacho. Es una narración admirable, imborrable, que recuerda al Amorim de *La carreta*. Mucho de su propia persona vagabunda, de su curioso amor a las gentes diversas y a los ani-

males surge en el protagonista que se enzarza en la vida de los hombres fronterizos y que acaba huyendo de las venganzas de los caciques rurales en compañía de su caballo, de una prostituta venida a menos, Lili, y de su guardaespaldas, un recio personaje que se llama Juan Montero. Después de esta historia inicial, realista y prolija en detalles novelescos, viene una sucesión de pequeños relatos de magnífica fantasía. Hay dos tipos, el payador y el retobado, que no se olvidan. El payador es uno de los últimos poetas de la pampa, un vagabundo singular, que conoce los campos argentinos y uruguayos y tiene por escenario de sus glorias todos los lugares de la gallardía pampera. Martín María Esquivel, creación poética de Amorim, queda golpeando a nuestra memoria en alas del viento y parece, como el Segundo Sombra, un símbolo de la pampa con su vieja guitarra terciada.

El retobado es un tipo desarraigado del campo, que vive en la ciudad, y retorna a sus lares. Poco a poco, se quita sus arcos ciudadanos y regresa a su primitiva vida, estimulado por un amor tímido y silencioso a Claudia, china que rechaza su cariño por el de un bolichero. El retobado, vencido en el amor, como una triste estampa de desaliento y fracaso, abandona la estancia. El escritor dice sugestivamente: «Se marchaba arriando su neurastenia, como una nube de polvo que no le dejara ver las vueltas del camino. Su indumentaria era completa. Y se alejaba más duro y retobado que un par de boleadoras».

Después de estas emocionantes historias de hombres vagabundos y comidos de una inquietud interior, Amorim nos hace penetrar en una atmósfera encantada por las historias de pájaros. *Las ratoneras* rompe este desfile como un pequeño poema. Sigue el admirable cuento *Los horneros*, con su ambiente de embrujamiento y de superstición. Para los campesinos este pájaro está dotado de singulares cualidades. Con sus gritos descubre a los heridos que quedan abandonados en el campo. En el caso de Pedro Lima, el protagonista, vemos que pier-

de la memoria al recuperar la vida después de una prolongada lucha con la muerte. Fué herido y quedó botado en el campo; pero lo descubrieron por los gritos de los horneros. Pero perdió la memoria y en su delirio pensó que Isabelita, la mejor moza del lugar, correspondió a su amor. Vuelve al pueblo, después de pasar un largo tiempo en el hospital de la ciudad vecina, y cobró la palabra de amor a la muchacha. Pero todo había sido una ficción.

Esta historia es encantadora en su simplicidad dramática. Pertenece a ese bello mundo supersticioso de los labriegos. Está realzada con finos toques poéticos que la hacen digna de una antología del cuento americano.

En *Las palomas* conocemos todo el amor y la acuciosidad que tiene Amorim para la cabal descripción de los pájaros y para el conocimiento de sus costumbres. Es la historia de Inocencia, una solterona que vive rodeada de palomas en un cándido ambiente de retablo. Muere junto con su última paloma, después de una enfermedad que hace dispersarse el palomar que animó sus sueños e hizo justificables sus días tediosos. Admirable relato que completa los más turbios o dramáticos.

En *Las calandrias* asistimos a una hermosa transformación de un carácter duro, de rompe y rasga. Don Robustiano, mentalidad de horca y cuchillo, siente un áspero amor a dos calandrias que habían labrado su casal en unas vigas que pertenecían a un cargamento flotante de maderas. Es una preciosa historia digna de Hudson o de otro maestro en la ornitología literaria. Cierran las historias de pájaros con una de menor intensidad dedicada a *Los carpinteros*.

Pasa por estas páginas un mundo prodigioso de aves americanas que se mezclan a los destinos humanos y justifican el título de la serie: las ratoneras, que devastó un perrazo danés; los horneros, enemigos de la muerte y trastornadores del destino de Pedro Lima; las palomas simbólicas de la solterona Inocencia; las calandrias que dieron un aliento de humanidad al

violento Don Robustiano Casa; y los carpinteros que fabricaban profundos nidos en el tibio y musgoso ambiente de los montes uruguayos.

El libro concluye con un evocador relato que tiene el nombre del libro.

La plaza de las carretas hace revivir la vieja afición de Amorim por el tópic que le dió la celebridad literaria en sus discutidos personajes de *Las Quitanderas*. Todo el encanto rodante de este vehículo campero tiene para Amorim curiosas irradiaciones poéticas, donde sabe buscar admirables vetas para su sensibilidad.

Este libro enriquece a la literatura uruguaya y coloca a su autor nuevamente en la actualidad. Se discutirán sus audacias, sus extrañas y desconcertantes cualidades, su fantasía lusitana, desbordada por caminos novedosos, su estilo dotado de fulgurantes imágenes y de un poderoso aliento realista; pero no se escatimará el elogio al gran artista que produjo *El paisano Aguilar*. Amorim mezcla en sus historias el instinto y el realismo, con sus mujeres fantasmagóricas, el amor obtenido en todos los climas y el retorno firme a su tierra madre, a su campo fronterizo, con sus arreadores y guardaespaldas, con sus chinas y sus payadores, con sus desarraigados y sus vagabundos, con todo el alucinante realce de una mentalidad mestiza de brasileños supersticiosos y de uruguayos castizos. *La plaza de las carretas* amplía su campo creador y no desautoriza su bien ganado prestigio de novelista recio.



INDICE DE LA POESIA PERUANA CONTEMPORANEA, por Luis Alberto Sánchez.—(Ediciones Ercilla, 1938).

En el último tiempo son numerosas las antologías y ensayos de índole crítica que se han publicado en América sobre la